

¿Y ahora qué?

Mientras llega la cumbre anticrisis, intelectuales y políticos han abierto un debate intenso sobre el futuro modelo económico.

MARCO SCHWARTZ

PUBLICO - 26/10/2008

Qué hacer. Hace 106 años, Vladimir Illich Lenin formuló el interrogante en el título de una de sus obras fundamentales, en el que proponía la creación de un partido revolucionario que abanderase la lucha del proletariado en la decadente Rusia zarista. El opúsculo contribuyó en buena medida a la ruptura del Partido Socialdemócrata ruso y a la fundación del movimiento bolchevique, que instauró el primer régimen comunista sobre la faz de la tierra. Los próximos 14 y 15 de noviembre, los mandatarios de 20 países se harán en Washington la misma pregunta, en medio de una formidable crisis del sistema financiero internacional que mantiene en vilo al mundo. A diferencia de Lenin, ninguno de los líderes -ni siquiera el supuesto comunista Ju Jintao, de China- abogará por la defunción del capitalismo. Lo que se abordará es la necesidad de "refundarlo" o, como prefieren decir los anglosajones, "repensarlo", a partir de una premisa en torno a la cual existe práctica unanimidad: lo que sí ha muerto, hundido en un lodazal de activos tóxicos y otras obscenidades financieras, es una forma de capitalismo, la del todo vale, la de la codicia sin freno, la de los especuladores insaciables, la del ultraliberalismo de tipo anglosajón.

Con independencia de la convocatoria de la cumbre, el debate ya ha comenzado en todos los países. Intelectuales, políticos y ciudadanos

inquietos intercambian opiniones en foros solemnes o en informales cafeterías, diseccionan las causas de la actual crisis y hacen sus predicciones sobre el capitalismo que viene. Hay quienes creen, como el presidente de la editorial alemana Axel Springer, Mathias Doepfner, que el actual modelo económico es el idóneo y que la actual debacle económica no obedece a un exceso de libertad de mercado, sino a la "irresponsabilidad" de los actores implicados. El problema, por tanto, se resolvería con una mayor dosis de ética. El ministro de Finanzas germano, Peer Steinbrück, tiene una visión muy distinta de las cosas. En una reciente entrevista con Der Spiegel, Steinbrück afirmó que, después de esta crisis, "el mundo nunca volverá a ser el mismo". A su juicio, Nueva York y Londres perderán hegemonía como centros de poder, lo que modificará no sólo la arquitectura financiera internacional, sino también la geoestrategia mundial. Pero el ministro alemán ha hecho una afirmación aun más significativa: "Hay que admitir que algunas partes de la teoría de Marx no están tan mal".

Que el responsable de Finanzas de la principal potencia europea invocara a Marx -cuyas obras han vuelto a primera fila de las librerías del país- causó sorpresa, como era de esperar. Sin embargo, Steinbrück no fue objeto de descalificaciones o burlas por parte de los abanderados del libre mercado, como hubiese ocurrido hace tan solo un año, cuando el liberalismo se exhibía triunfante como el único modelo posible.

¿Otro Bretton Woods?

Algunos aventuran que la cumbre del Washington será, por su trascendencia, una segunda versión de la de Bretton Woods (EEUU), de julio de 1944, en la que delegados de los 45 países aliados de la

Segunda Guerra Mundial crearon el Fondo Monetario Internacional (FMI) para supervisar el sistema financiero global, facilitar el sistema multilateral de pagos y, en ciertas circunstancias, actuar como prestamista de países en apuros. El FMI se encuentra hoy desprestigiado, sobre todo en los países en vías de desarrollo, por haber impuesto durante las últimas tres décadas las recetas ultraliberales que hoy están en entredicho. Además, su capacidad de acción ha quedado a la zaga de la veloz globalización que ha experimentado la sociedad en las últimas décadas. Numerosas voces reclaman la creación de una nueva institución, con mandato para ejercer un control real sobre los flujos internacionales de capital e, incluso, para fijar directrices en la remuneración de los intermediarios financieros. También vuelve a debate la vieja iniciativa de un impuesto a las transacciones financieras (la tasa Tobin), que se destinaría a corregir los desequilibrios económicos entre países. Otra idea que se airea es la creación de un gran banco de bancos que coordine la acción de los bancos centrales -a semejanza del BCE en la Europa- y evite que la banca privada se embarque en aventuras peligrosas, como ha sucedido con las hipotecas suprimidas en EEUU.

El nuevo orden deberá además establecer una nueva relación de los países ricos con los pobres, que no se limite a la concesión de ayudas caritativas para superar la pobreza, sino que contemple un compromiso serio para el desarrollo. También se esperan soluciones tajantes a los problemas de los paraísos fiscales y la especulación. Lo ocurrido con el petróleo -cuyo precio se mantenía por las nubes hasta hace unas semanas, empujando al alza la inflación- evidencia el poder extraordinario que han acumulado los especuladores con bienes esenciales.

Un nuevo papel del Estado

Hay quienes consideran que el problema no se resuelve sólo con más y mejores regulaciones. La activista Naomi Klein, autora de *La doctrina del shock*, considera que la proliferación de créditos basura se produjo por la existencia de un sistema económico que "mide la salud colectiva en términos exclusivos de crecimiento del Producto Interior Bruto". "A lo que esta crisis debería conducirnos es a una forma radicalmente diferente de medir la salud y el progreso", señala Klein en su blog.

Con independencia de las grandes medidas que se pueden adoptar en el ámbito internacional, la actual crisis ha vuelto a colocar en primer plano al Estado. Después de salir en rescate de los banqueros, los Gobiernos lo tendrán a partir de ahora más difícil para alegar falta de poder a la hora de atender las necesidades de la sociedad. En un artículo publicado en *The Irish Times*, el lingüista estadounidense de izquierdas Noam Chomsky recordaba que la intervención del Estado ha sido una constante en el capitalismo en los dos últimos siglos. Citaba un estudio realizado por dos economistas hace 15 años, según el cual, al menos 20 compañías de Fortune 100 no habrían sobrevivido sin el auxilio de sus respectivos gobiernos y muchas de las restantes obtuvieron ayudas oficiales para "socializar sus pérdidas".

Después de la actual crisis, procesos de nacionalización de sectores sensibles -como acaba de ocurrir con los fondos de pensiones en Argentina- no se podrán censurar con facilidad, al menos en el corto plazo. En varios países pobres ha comenzado ya una nacionalización alimentaria.

Líderes como Hugo Chávez y Evo Morales se sienten hoy reafirmados en sus tesis. Otros consideran que el Estado puede reforzar su poder supervisor, pero sin aumentar su tamaño. De la actitud de los ciudadanos dependerá en gran medida el papel que asuma finalmente el Estado en el capitalismo venidero. Si lo público recuperará valor o si, pasado el susto, el libre mercado volverá a sus andadas... hasta la próxima crisis.